



Un libro para encender la memoria

Existe gente que posee del don de desnudar ante el espejo de la historia su trozo vivo de ésta. Cuando menos espasmos, los culpables se ven enfrentados al juicio inapelable de la verdad. ¿Qué hacía yo el 11 de septiembre de 1973? son 17 testimonios con residencia natural en la tierra.

Los cronistas, como en una "conversación" en torno a los trágicos sucesos determinados por el golpe, levantan una especie de inventario de esos sangrientos hechos en que "dejamos de ser lo que éramos, o para ser más precisos, dejamos de ser lo que creíamos ser...", en fin, el transfondo violento que la historia oficial pretende oscurecer, fingir ignorar y, por cierto, le avergüenza reconocer... chilenos en contra de chilenos (Alfredo Jocelyn-Holt).

Pero no se trata de panfletos, sino de buenas crónicas que muestran el horror, la desmembración, depresiones, abatimiento que responden a un tiempo y a un espacio; así como a personas a quienes la época les impuso un particular y borrascoso destino: la periodista Carmen Puelma se aferra textualmente "Usémoslos deben colaborar con ellos -las FF.AA.- no realizando ninguna actividad desusada. Vuelvan a sus casas. Yo moriré a las personas que están fuera de una cosa del pan que, sin causar mayor alarma, recomendaré a las otras personas que vuelvan a sus casas. Es un día en que no importa no comer pan" (Germán Marié).

En las páginas 176 y 177: "...en pleno toque de queda, dos monjas que vivían en una gran construcción contigua llamaron a nuestro timbre con urgencia. Cuando les abrimos, nos expresaron su repentina inquietud: habían acumulado algunos cientos de kilos de harina para que no les faltase pan y pasta a las pupilas que vivían con ellas. Pero ahora, con el golpe, les habían dicho que las militares iban a registrar casa por casa, todo Santiago, para castigar a los acumuladores" (Rafael Otaño).

"Transcurridas 48 horas después de la primera intervención quirúrgica", las nuevas autoridades levantaron el toque de queda hasta las 6 de la tarde. En nuestra primera salida a la "libertad", pudimos comprobar que los estantes y vitrinas estaban llenos de microcámaras desaparecidas hasta entonces" (Manuel Silva Acevedo).

Encontramos a través de esta lectura testimonios como éste: "Partió ese día para mí (Florinda Soto) con afectos, amistades, planes, compromisos y toda esa trama que conforma la vida cotidiana, y terminó conmigo al borde del precipicio, sin saber si sobreviviría, mientras resonaban

disparos y las sombras ahogaban los rostros de amigos y compañeros en medio de la derrota".

Paride Zerán nos cuenta: "El día decisivo había llegado, sólo que nadie estaba preparado para vivirlo. En el fondo de nuestras almas, soldaditos y capataces con todo, incluso con la posibilidad de que se concretara la traición".

"Ahora, el anuncio se meció alguna parte del alma y sabía que este descomulgamiento de la historia se había suspendido dentro del tren y que esa fecha iba a traer una sustrata obligada en la propia biografía" (R. Otaño).

José Miguel Varas: "Por última vez escuché la voz de Neruda a eso de las siete de la mañana del 11. Masqué su número y escuché de inmediato. Le dije que la Armada había iniciado un golpe militar en Valparaíso. Era lo que se sabía hasta ese momento.

La situación se ve grave - continúa- muy grave. Edificio que pueda ir hoy a Isla Negra, con Fernando (Alegría). Mejor dicho, no es posible. Tal vez más tarde...

"Tal vez nunca, me dijo, con voz fatigada. Así fue".

JORNADAS DE TERROR

"Miles de partidarios del régimen después replican los campos de concentración, buscan asilo en las embajadas o yacen en las calles acorralados por las balas. Una noche de apocalipsis se ha desatado sobre Chile, sin la grandiosa del Nuevo Testamento, pero con todo su horror". Y, continúa Oscar Hahn,

en otra parte de su testimonio: "Nos formamos en el patio cerrado, y durante cinco horas nos obligan a hacer ejercicios violentísimos y a ponernos en posiciones imposibles, sin darnos tiempo en ningún instante. Y cuando muertos de agotamiento, con los músculos apretados, con calambres por todo el cuerpo, caemos al suelo con el corazón a punto de estallar, nos levantan a golpes de botas, nos aplastan contra el muro, nos insultan, nos golpean con la culata de las ametralladoras y se burlan de nuestra condición de universitarios. Después de cinco horas infligidas, casi reventados, nos arrojan hasta un camión y nos arrojan en la parte de atrás". Pero la irracionalidad sigue su curso inextinguible: "Al anochecer, uno de los guardias asoma su cara por entre la azija y dice en voz alta: 'Los cadáveres que levantan la mano!'. Casi todos levantamos, pensando que vamos a ser puestos en libertad. 'Muy bien', dice el guardia, 'ahora empiecen a rezar, porque mañana los vamos a fusilar'".

Carlos Orellana relata pormenorizadamente la pesadilla vivida en la UTE. Dejemos entonces a Orellana, en una sinopsis de su testimonio: "Hubo un momento en que el diálogo se tornó áspero, porque el uniformado lanzó la acusación que desde algunos edificios de la universidad se estaba disparando contra la tropa. Kirberg replicó que eso era imposible. "...Se imagina que yo voy a permitir una persecución suicida como ésta? ¡Márcanos! estamos casi como en una vitrina, sería una locura hacer



¿Qué hacía yo el 11 de septiembre de 1973? LOV

una cosa así". Sostuvo además con mucha energía que nadie disponía entre nosotros de un arma. Lo que era rigurosamente cierto.

A partir de ese instante la pesadilla perdió la dimensión de irrealidad que había mantenido hasta entonces. Los acontecimientos del día anterior, aun cuando no se nos escapara la magnitud de la tragedia, tenían el registro de un episodio aislado e incomprensible; ajeno, además, porque el engaño se apoyó en la ilusión de que el drama se está ocurriendo a otros. Nos parecía lo que a esas personas que han sido heridas - pero que no lo advierten - porque el dolor sólo se percibirá después, cuando uno ya se ha desangrado".

"Y o cierto es que estábamos en guerra (señala Marco Antonio de la

Parra). La muerte llega y siempre te sorprende. Tal vez sea algo horrible los rostros porque puede que a algunos no los viera nunca más. Hay algunos que no vi nunca más. Como que el olvido actúa de antifaz para protegerte de la memoria".

Junto a los nombrados, forman parte de ese colectivo de narradores en *¿Qué hacía yo el 11 de septiembre de 1973?* Hugo Guzmán, Matricio Wacquez, Jaime Collyer, Patricia Verdugo, Martín Hoppehaya, Carlos Barra, Manuel Silva Acevedo y Oscar Bustamante, los que pueden seguir contando y escribiendo para preservar un espacio donde la ética, como parte de la autenticidad, se imponga a la memoria organizada.

LITO CARRASCO M.

Un libro para encender la memoria [artículo] Lito Carrasco M.

Libros y documentos

AUTORÍA

Carrasco, Lito

FECHA DE PUBLICACIÓN

1997

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Un libro para encender la memoria [artículo] Lito Carrasco M.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile